

Conversación 47
LA HUMANIDAD DE MARMOL

Carrara, 19 de mayo.

¡Día feliz, gozoso, memorable! ¡Principio y promesa de mi victoria blanca!

Desde muchos años atrás soñaba con los ojos abiertos y cerrados en este sueño gigantesco; parecía que debiera permanecer como un objetivo vano de mi cotidiano delirio. Hoy, en cambio, todo está diseñado y listo para ser traducido en bella y maciza materia real. Se precisarán algunos millones de dólares y cinco años de trabajo, pero finalmente podré ver lo que ningún ser semejante a mí ni siquiera se atrevió a imaginar.

El sueño es éste: una mole de mármol para estatuas, blanco, que tenga treinta y tres metros por lado, en forma cúbica. En sus cuatro caras laterales estará representada, en bajorrelieves paralelos y sobrepuestos, la historia del género humano. En la primera se grabarán los orígenes de la civilización y las alternativas de los grandes imperios de Africa y de Asia. La segunda se destinará a los héroes y a las gestas de la historia de Grecia y de Roma, desde los egeos y etruscos hasta las invasiones de los bárbaros. En la tercera estarán los protagonistas espirituales e imperiales de la *enorme et delicat* epopeya humana y divina de la Edad Media. Finalmente, en la cuarta veremos la trágica y milagrosa aventura de los tiempos modernos, desde las carabelas de Colón hasta la bomba de Hiroshima.

En el centro del gran rellano superior del cubo y sobre un pedestal poblado por fieras y constelado de flores, habrá dos estatuas colosales: Adán en toda su original y potente belleza viril; Eva en toda su carnal y espiritual belleza materna. Las cabezas de los dos primeros padres del género humano sobresaldrán sobre sus descendientes una altura de cincuenta metros. Esta obra, ideada por mí, es titánica y no podía ser realizada sino en Italia, más aún, en estas riberas dominadas por los Alpes Apeninos, donde Miguel Angel, vicario previsorio del Creador, anduvo buscando la materia de los cuerpos de sus gigantes.

He apalabrado a doce excelentes escultores, los más célebres y audaces que hay hoy en toda Italia; cada uno de ellos, a fin de concluir a su debido tiempo los bajorrelieves que le correspondan, tendrá a sus órdenes diez expertos diseñadores y cinceladores que traducirán al mármol las escenas de esta epopeya y tragedia humana.

Ya han sido extraídos casi todos los bloques, muchos están ya en las canteras de trabajo y bajo la acción del cincel; se han firmado los contratos con los doce artistas y varios de éstos me han mostrado las primeras figuras en creta, esbozos de las grandes escenas ideadas. Centenares de hombres entre los que hay excavadores, esbozadores y escultores, trabajarán por espacio de cinco años para alzar frente al azul mar etrusco, un portentoso monumento dedicado al esfuerzo y a la gloria del hombre. Dejaré aquí, como representantes míos y también con funciones de supervisores de tan magna obra, a un poeta de gran corazón y a un arquitecto verdaderamente honrado.

Si Dios me concede vida, dentro de cinco años podré contemplar en su cándida y excelsa mole a mi obsesión convertida en piedra y belleza. En estas jornadas iniciales ya me parece ver la geométrica masa blanca del enorme dado esculpido, alzándose altísima en la luz radiante del cielo italiano bajo el sol estival, entre la majestad del monte y la inmensidad del mar. Ese gigantesco torreón historiado, con innumerables seres de proporciones más que humanas, recordará por espacio de milenios, en caso de que la tierra no se haga pedazos antes de tiempo, las alternativas gloriosas e infames de nuestra temeraria y desesperada especie humana.